

El descubrimiento del mundo en la América insurgente

Por *Hernán G. H. TABOADA**

*Y a la par que en el abismo
una edad se desmorona
al conjuro en la ancha zona
derramábase la Europa.*

*Rafael Obligado,
Santos Vega (1885)*

“**E**L ACCESO A LAS POSESIONES ESPAÑOLAS estaba rigurosamente prohibido, no tan sólo a los extranjeros sino también a los mismos habitantes de las distintas provincias, que no tenían autorización de pasar de una a otra”, denunciaba el insurgente venezolano Manuel Palacio Fajardo.¹ Aunque buscaba fundamentar su aserto con las Leyes de Indias, sus citas no parecen tan concluyentes como pretendía y tampoco sus afirmaciones tan absolutamente verdaderas como todos creyeron entonces. Eran más bien un ejemplo típico de la propaganda independentista, que repetían muchos otros, empacado junto a las más diversas acusaciones hechas al régimen colonial. En cuanto tal puede ser rebatido o por lo menos matizado por cantidad de contraejemplos.

Pero antes de desecharlas como leyenda o exageración, detengámonos a ver si las afirmaciones airadas de esos años nos sirven para algo, si resultan útiles para descubrir una dimensión que no suele subrayarse de la identidad criolla en rápida evolución: la percepción del mundo exterior y de sus relaciones con él. El cerrado horizonte provinciano de los siglos coloniales se estaba abriendo y ello no sólo se debía, como pensaba Palacio Fajardo y los que escribían al unísono, a la caída del inicuo régimen español, sino que era parte de transformaciones más abarcadoras. Dar cuenta de ellas es lo que pretende este trabajo, en el espíritu del título que se le antepone.

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <haroldo@unam.mx>.

¹ Manuel Palacio Fajardo, *Bosquejo de la revolución en la América española* (1817), Enrique Bernardo Núñez, pról., Caracas, Décima Conferencia Interamericana, 1953, p. 10.

1. *El fin del aislamiento*

YA dije que la propaganda exageraba. Durante los siglos coloniales no faltaron incursiones criollas al extranjero, contando muchas de personajes menores o anónimos: peregrinaciones a Tierra Santa, aventuras en Europa y desventuras como las de Alonso Ramírez, de extensas navegaciones en los mares del Pacífico, cautiverios en Berbería o el de la criolla de Florida que, secuestrada por unos indios vecinos y vendida sucesivamente a otras tribus cada vez más lejanas, terminó cruzando a Siberia y pasando a China, donde la rescató un misionero jesuita. En época ilustrada tenemos a personajes más conocidos que visitaron la Europa transpirenaica, a veces en estancias de estudio de varios años, leían publicaciones ahí originadas, habiendo aprendido sus lenguas, y mantenían correspondencia con sus sabios. Este tipo de viajero, que sustituía al típico indiano del Siglo de Oro, se permitía gracias a su dinero o conocimientos un cierto desdén por tierras que veía inferiores a las suyas. Se ha hablado de los jesuitas expulsados, pero también pueden mencionarse personajes como Francisco de Miranda o Servando Teresa de Mier, que llegó a escribir:

Prostituta vieja, podrida, intrigante y menesterosa, como Napoleón llamaba a la Europa [...] Dejemos a los pueblos de Europa averiados por sus hábitos y carcomidos con la misma broma de su vejez. Cuando uno deja nuestros climas abundantes, templados y deliciosos para ir a la Europa, siente la misma desventaja que sentiría Adán saliendo del paraíso a la tierra llena de abrojos y espinas, que debía regar con el sudor de su rostro para tener un pan. Naturalmente siente uno del otro lado del océano la idea de un pecado original.²

Palabras que se podrían calificar de parciales, pero sin duda más dignas que las de los rastacueros acomplejados de inferioridad que llegarían después. Sólo habrían podido darse, como la tan citada disputa del Nuevo Mundo, con el nuevo conocimiento criollo de la Europa y de los autores ilustres que habían querido muy abusivamente ver en ella ejemplo de excelencia.

No existía la pretendida cerrazón, pues, pero con todo y todo sí reinaba en la América española mucha ignorancia sobre el mundo

² Servando Teresa de Mier, *Memoria político-instructiva* (1822), ed. facs., Manuel Calvillo, pról., México, Banco Nacional de México, 1986, pp. 45, 85 y 89.

exterior. Claro que era general y en Europa nos retribuían, de lo que da fe la perplejidad con que algunos americanos eran ahí recibidos. En Parma, en 1768, una buena señora y unos caballeros se acercaron a un grupo de jesuitas expulsados “para satisfacer la curiosidad que tenía de saber si los americanos eran hombres de pequeña estatura y color oscuro”.³ Satisfechos se fueron los italianos pero la opinión habrá cambiado sólo mínimamente, porque décadas después la mala lengua del padre Mier agregó otras observaciones: ante su acento mexicano, en España lo tomaban por extranjero, en Andalucía por portugués, en Castilla por andaluz; al aclarar, le pedían señas de algún pariente en América, como si fuese una aldea; a un muchacho bien parecido planeaban mandarlo a América para que se casara con una rica mulata y mandara dinero, porque creían que aquí todos eran mulatos⁴ (y ricos según se deduce). Un anónimo oficial patriota que había ido de visita a la península denunciaba el mismo desconocimiento entre sus parientes.⁵ Barrabadas de las que ya se reían al principio de la conquista, época perdonable, pero lo peor es que todavía se las topa uno por doquier en Europa.

Posiblemente aquí conociéramos más de España que viceversa, pero no había gran interés por experiencias de otros lados, cosa que el *Lazarillo de ciegos caminantes* exhibía en 1775: “En este dilatado reino no hay verdaderamente hombres curiosos, porque jamás hemos visto que un cuzqueño tome postas para pasar a Lima [...] asimismo ningún limeño pasar al Cuzco sólo por ver el Rodadero y fortaleza del Inca”.⁶ Por esos mismos años, y también desde Perú, el sabio Hipólito de Unanue escribía: “Podemos decir que la mayor parte de la tierra que habitamos nos ha sido incógnita como lo es al persa y al chino”.⁷ Dos buenos conocedores de los documentos colombianos afirmaron que “los hombres de la Patria

³ Rafael de Zelis SJ, *Viajes en su destierro*, Efrén Ortiz Domínguez, pról., Xalapa, Universidad Veracruzana/Instituto Veracruzano de Cultura, 1988, p. 46.

⁴ Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Antonio Castro Leal, ed. y pról., México, Porrúa, 1946, tomo 2, cap. 4, p. 17, cap. 6, p. 73 y cap. 7, p. 112.

⁵ Juan Usklar Pietri, *Memorias de legionarios extranjeros en la Guerra de Independencia*, Caracas, Monte Ávila, 1991, pp. 236-237.

⁶ Alonso Carrió de La Vandra, *El lazarillo de ciegos caminantes (1775)*, Antonio Lorente Medina, intr., cronología y bibliografía, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 7.

⁷ Hipólito Unanue, “Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú” (1791), en *Colección documental de la independencia del Perú*, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 8, *Hipólito Unanue*, Jorge Arias-Schreiber Pezet, investigación, recop. y pról., Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1974, p. 251.

Boba no eran muy dados a los viajes a lugares distantes o fuera del país”, exceptuando a los comerciantes.⁸

También había lugares de arrieros, de andariegos que tradicionalmente se trasladaban a grandes distancias, había aventureros como el retratado en el *Periquillo Sarniento* (1816) de Fernández de Lizardi, que recorre en su búsqueda el territorio central de la Nueva España y llega hasta la China, pero la mayoría viajaba poco. En ello concuerdan numerosos extranjeros que se asombraban de la ignorancia que lugareños, y sobre todo lugareñas, sufrían sobre su entorno más cercano. Es bastante común hasta nuestros días, en toda latitud, pero además las dificultades del viaje y la desidia criolla resultaban en que los viajes fueran muy raros: la sátira de Felipe Pardo y Aliaga sobre la aventura del Niño Goyito —que en edad avanzada emprende con gran aparato y emoción de todos su primer viaje de Lima a Chile— es una anotación a lo dicho y al mismo tiempo informa que la cosa iba cambiando en la época (1840) en que relataba aquella anécdota del pasado.⁹

Varios sucesos contribuyeron al cambio del que Goyito fue parte, y todos de alguna forma relacionados con las guerras de independencia, como la afirmación literalmente falsa pero psicológicamente certera de Palacio Fajardo revelaba y que más declaradamente constataba en Valparaíso el inglés Basil Hall (1821), al ver cómo con la expansión comercial y la abundancia de dinero

un espíritu de inteligencia e información animaba a la sociedad entera; se multiplicaban las escuelas en todos los pueblos; se establecían bibliotecas y se daba todo impulso a la literatura y artes y, como era libre el viajar, no se necesitaban pasaportes. En las maneras y aun el paso de todos los hombres se podía distinguir el aire de libertad e independencia conscientes.¹⁰

Espíritu que resumía la frase de Simón Rodríguez: “No quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol a todas las cosas que marchan sin cesar”.

Aire de libertad, oportunidades nuevas y espíritu de inteligencia: el inglés de marras aprehendió agudamente las circunstancias

⁸ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, 4ª ed., Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán & Tamayo, 1926, p. 375.

⁹ Felipe Pardo y Aliaga, “Un viaje”, en *El espejo de mi tierra*, Alberto Tauro, ed. y est. prel., Lima, Universo, 1971, pp. 101-105.

¹⁰ En *Colección documental de la Independencia del Perú*, tomo 27, *Relaciones de viajeros*, Estuardo Núñez, est. prel. y comp., Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971, pp. 202-203.

en que los criollos habían empezado a interesarse por el mundo exterior, pero debería haber mencionado también la mayor riqueza americana, más fáciles comunicaciones, la libertad de tránsito acordada por la Constitución de Cádiz, el rampante individualismo y los nuevos tiempos mundiales, pletóricos de acontecimientos, junto a la sensación de hacer parte de ellos, que los llevó a acumular en sus bibliotecas volúmenes sobre el estado de los países europeos, sobre sus leyes y usos, sobre las exploraciones y conquistas coloniales, sobre la historia de las naciones antiguas y modernas. En los periódicos aparecían estos temas con creciente frecuencia, y el ejemplo exótico era cada vez más socorrido en las discusiones políticas.¹¹ Se extrañaba Jean Adam Graaner de que en apartados rincones de las provincias argentinas se conociera el nombre de su natal Suecia y aun los hechos de su rey Carlos XII, misterio revelado cuando le dijeron que la fuente era la biografía de Voltaire, muy extendida entre los curas, que se sabían al dedillo sus éxitos y desgracias.¹²

La prensa que empezó a pulular multiplicó estas noticias. Los mismos habitantes del imperio español descubrieron en ella una comunidad continental de opiniones, al leer que periódicos de otras regiones daban cuenta de movimientos e ideas similares a los suyos, y muchos lo comprobaron más que por la simple lectura, cuando aun quienes no gustaban moverse debieron hacerlo. Los sucesos bélicos empujaron a viajar, abrieron nuevos caminos antes poco practicados, en el sentido físico y sobre todo en el metafórico, porque produjeron un inusual revoltijo de orígenes regionales. Los movimientos de tropas llevaron a los variopintos ejércitos libertadores al Perú, aunque también se daba el fenómeno en el otro bando, y el Batallón Numancia, de venezolanos y neogranadinos, sirvió igualmente en Perú a la causa realista hasta que se cambió de bando. Los ejércitos no sólo se componían de soldados: junto a una desproporcionada cantidad de oficiales, contaban con gran número de edecanes, secretarios, servidumbre, amantes, esposas, parientes o amigas de éstos. Los burócratas expulsados se insta-

¹¹ He escrito sobre el tema en “El mundo y la historia en el ideario de la independencia”, en Lucía Chen y Alberto Saladino, comps., *La nueva Nao: reflexiones en torno al bicentenario de las independencias latinoamericanas*, Taipei, Universidad de Tamkang, 2010, pp. 83-89.

¹² Jean Adam Graaner, *Las provincias del Río de la Plata en 1816 (informe dirigido al Príncipe Bernadotte)*, Axel Paulin, pról., José Luis Busaniche, trad. y notas, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 21.

laban en otros territorios obedientes a Madrid o Cádiz esperando que las cosas cambiaran.

Algunos de estos personajes se quedaron después de terminada la guerra, como funcionarios a veces, como trabajadores o integrantes de tropas sueltas de delincuentes en otras. “La flor de la juventud chilena se halla en el Perú”, lamentaba un diario santiaguino en 1821; esperaba que salieran victoriosos pero podía ocurrir como con los combatientes argentinos que se habían quedado a servir en las filas chilenas: “*Ubi bonum, ibi patria* es la regla de los soldados y es de temer que tomarán el mismo partido que tomaron los vencedores de Chacabuco”.¹³ Junto a ellos hay que computar los exilios y los auténticos éxodos en que todo un pueblo o una ciudad escapaban de sus enemigos, en interminables filas sufrientes de hombres, mujeres y niños, con sus enseres y bienes: el éxodo jujeño, el éxodo oriental y el éxodo del pueblo patriota de Caracas.

A otro nivel fue el envío de misiones diplomáticas, de agentes secretos y espías, que movieron de acá para allá a argentinos, chilenos, colombianos, mexicanos, cubanos y los elevaron en ocasiones a posiciones de poder y prestigio fuera de su tierra natal, precursores del más brillante de todos ellos, el venezolano Andrés Bello asentado en Chile. Antes de él hallamos en Perú al argentino Bernardo de Monteagudo, en México al ecuatoriano Vicente Rocafuerte y al cubano José María de Heredia, en Chile al guatemalteco José Antonio de Irisarri. Éste tituló sus memorias *El cristiano errante* (1847). Las identidades nacionales eran fluidas todavía, había una retórica continentalista, surgieron amistades y se celebraron matrimonios exogámicos. Variados ejemplos del Río de la Plata aporta Tulio Halperín, de extranjeros que, aislados y mal amalgamados en la sociedad local, se convertían en profesionales del poder político, aliados útiles de la autoridad y pararrayos del rencor popular.¹⁴

Ello ocurría en uno de los momentos de integración no sólo retórica sino también real entre nuestros países, que hasta la actualidad han alternado con otros de cerrazón y sospecha, como el que inmediatamente siguió a la independencia. Sin embargo, aquel momento también mostró, cosa habitual en la historia de nuestros acercamientos, que la retórica continental no coincidía de modo

¹³ *El Independiente*, 21-v-1821, en Guillermo Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1951-, vol. 14, p. 183.

¹⁴ Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 386-387.

universal con los sentimientos que los extraños inspiraban: un periódico santiaguino, en tiempos de la llegada de San Martín y su ejército argentino, predicaba la hermandad de “mejicanos, granadinos, peruanos, argentinos y chilenos, todos hermanos”, pero sospechosamente preconizaba que se suprimieran los gentilicios provincianos, causantes de recelo.¹⁵ El odio que suscitó Montegudo en Lima, que por lo menos en parte habrá contribuido a su apuñalamiento en una callejuela, corresponde a multitud de otros episodios de envidia y rechazo a los apellidados hermanos, que se reiteraba en los apodos y estereotipos que se les colgaba.

No sólo hubo desplazamientos entre distintas regiones sino también al extranjero, como los de Francisco de Miranda y Simón Rodríguez, el que no quería parecerse a los árboles. Ambos recorrieron comarcas hasta entonces semidesconocidas, en los confines de Europa, la Grecia otomana, Anatolia o Rusia. Estas aventuras se hicieron cada vez más frecuentes, con motivo igualmente de misiones diplomáticas o de exilios. Generalmente era Europa, y de ahí Francia y Gran Bretaña, pero no faltaron otros países, ni los Estados Unidos. Hasta Calcuta llegó algún exiliado embarcado en las naves inglesas que habían empezado a atracar en gran número, los países de la Berbería fueron testigos de los recorridos de un criollo fugitivo de los presidios: “De Ceuta me fugué para África, renegué y vi sus costumbres. Malditos son los moros para castigar el robo. Muy poco es materia de pescuezo, lo mismo que entre los angloamericanos, que ahorcan al que roba diez pesos o una cabalgadura”.¹⁶ Un par de combatientes de la América española se hicieron notar en la guerra de independencia griega.¹⁷

Las colonias criollas en Europa empezaron a formarse ya en esos días, y su tipo peculiar a incorporarse a la literatura. Quienes de proveniencias distintas se veían llevados a reunirse en tierra extraña pudieron haber reforzado la idea de una peculiaridad americana: algunas logias y proyectos patriotas nacieron en Londres o París, como décadas después innumerables proyectos literarios y políticos, o con el tiempo el mismo *boom* latinoamericano. Junto

¹⁵ *El Argos de Chile*, 18-vi-1818, en Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos* [n. 13], vol. 12, p. 15.

¹⁶ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras*, xii. *Folleto (1822-1824)*, Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón Mayoral, recopil., ed. y notas, María Rosa Palazón Mayoral, pról., México, UNAM, 1991, p. 397.

¹⁷ He escrito más ampliamente sobre el tema en mi artículo “Griegos y americanos, las dos independencias”, en prensa en su versión extendida.

a amistades también hubo peleas entre los diplomáticos, curiosos, intrigantes y sobre todo exiliados de muchos bandos que acudían. Iban y venían; más de un realista, refugiado en la España absolutista, volvió para incorporarse de mala gana al servicio de las nuevas repúblicas: el conde de la Cortina en México, Felipe Pardo y Aliaga en Perú. Algunos buscaban sabiduría y otros sólo placeres. “Muy defectuosa habría quedado mi educación política si no hubiese venido a Francia, porque es preciso observar estas dos grandes naciones vecinas y compararlas”, escribía el chileno Mariano Egaña a su padre en 1828; mientras a José Antonio Irisarri más que el aprendizaje lo ocupó una “indolencia epicúrea” en París.¹⁸

Párrafos aparte merece la figura, muy típica hasta nuestros días en todo el Tercer Mundo, del estudiante retornado, que en su momento aparecería en nuestra narrativa. En Brasil fue el *bacharel* con un título que en su patria no habría conseguido, y de especímenes semejantes recogió impresiones Flora Tristán durante su estancia en Arequipa, al saber de más de veinte jóvenes peruanos que desde 1815 fueron enviados a Francia, queriendo los padres que aprendieran francés, equitación, baile, violín, y no matemáticas, dibujo, agricultura ni cosas útiles. Tras malgastar dinero, volvían hablando francés, “lengua completamente inútil aquí”, bailando la galopa, que requiere espacio, y montando a la inglesa, forma segura de romperse la cabeza.¹⁹ Más explícito fue el chileno Vicente Pérez Rosales, que bien los conoció porque también estuvo en París, donde asistió a una escuela para españoles y americanos: son jóvenes sin formación que vuelven sin saber mucho más de los que se quedan, pero llenos de superfluidades, gabachismos y pedantería.²⁰ Es decir el tipo sociológico peculiar que describía Simón Rodríguez: “viajes a Europa para olvidar su lengua y volver con crespos a la francesa, relojositos muy chiquitos con cadenitas de filigrana, andando muy ligeritos, saludando entre dientes, haciendo que no conocen a los conocidos y hablando perfectamente dos o tres lenguas extranjeras”.²¹ Cuando

¹⁸ Carta de Mariano Egaña, 16-ii-1828, en *Cartas de don Mariano Egaña a su padre*, Aniceto Almeyda, introd., Santiago, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1948, pp. 296-306.

¹⁹ Flora Tristán, *Peregrinaciones de una paria* (1838), La Habana, Casa de las Américas, 1984, 2ª parte, cap. 5, p. 236.

²⁰ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado (1814-1860)*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1993, p. 121.

²¹ Simón Rodríguez, “Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana” (1849), en *Sociedades americanas*, Juan David García Bacca, pról., Oscar Rodríguez Ortiz, ed., Fabio Morales, cronología, Roberto J. Lovera-De Sola, bibliografía, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 285.

citaba Mier, como vimos, la opinión poco halagüeña sobre Europa recogía la fama que se empezaba a crear de ésta como un antro de horrores, crímenes, vicios, que sólo sufrían los jóvenes que habían “tenido la desgracia de salir un momento de la inocente América”,²² como escribía Juan Montalvo, para mí con sorna, porque muy bien sabía las que se gastaban aquí. Pero junto al vicio y corrupción, Europa ofrecía el tesoro de los saberes que ahora se consideraban necesarios, el libro moderno y las lenguas extranjeras. Reflexionando en su vejez, Bolívar concluía que sin la muerte de su esposa no habría hecho su viaje a Europa y quedándose en Caracas y San Mateo “no hubiera logrado la experiencia ni hecho el estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política”.²³

Convencidos en efecto estaban todos que la ciencia era ahora la que venía de las nuevas metrópolis, en lenguas al principio arcanas para la mayoría pero que lentamente se hacían inteligibles. El latín es sólo un adorno, mejor es tener “jóvenes de lenguas” que manejen las modernas en las secretarías, aconsejaba el peruano Lorenzo de Vidaurre.²⁴ Los anuncios de quienes las enseñaban aparecían en los periódicos y notaba un anónimo inglés cómo había en Buenos Aires gran interés por conocer su lengua y cómo surgían colegios ingleses, dando a conocer un país que veinte años antes era tan ignoto como en sus días el interior del imperio chino.²⁵ En Lima observaba James Thompson mayor deseo de estudiar inglés que en ninguna otra parte de América del Sur.²⁶ El galicismo, ese gran invento español, empezó a frecuentarnos y algunos extranjeros sospecharon que habíamos dejado de hablar castellano: es lo que preguntó en francés el embajador austriaco en Florencia a José Antonio Santander en 1830.²⁷ Los que no podían pagar maestros

²² Juan Montalvo, *Las Catilinarías*, Benjamín Carrión, sel. y pról., Gustavo Alfredo Jácome, cronología y notas, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 23, cf. p. 380.

²³ L. Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga: vida pública y privada del Libertador*, versión sin mutilaciones, 2ª ed., Caracas, Centauro, 1987, p. 66.

²⁴ Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Cartas americanas* (1823 y 1827), Alberto Tauro, ed., y pról., en *Colección documental de la Independencia del Perú*, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 6, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la República del Perú, s.f., pp. 472-473.

²⁵ Un Inglés, *Cinco años en Buenos Aires* (1825), Alejo B. González Garaño, pról., Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962, pp. 117-118.

²⁶ James Thomson, 1827, en Núñez, comp., *Relaciones de viajeros* [n. 10], p. 28.

²⁷ Carta de Santander a Francisco Soto, 12-xii-1830, en *Santander en Europa: cartas de viaje 1831-1832*, Bogotá, Presidencia de la República, 1989, tomo 3, p. 83.

se esforzaban como hizo Domingo Faustino Sarmiento, que en Santiago de Chile aprendió francés con la única ayuda de un diccionario bilingüe y hasta los lancheros en Valparaíso alcanzaban a chapurrear en el ofrecimiento de sus servicios: “You want boty (=bote), me boty very fine”, anunciaban.²⁸

Ya apareció el gran sanjuanino en esta colección de ejemplos y no podía faltar porque las lenguas extranjeras son omnipresentes en su doctrina. Mal las hablaría, y al llegar a Estados Unidos se escondía debido a su ignorancia del inglés, pero se ufanaba de saber algo más que sus compatriotas, a los que fustigaba: en su nativa San Juan “no hay tres jóvenes que sepan el inglés [ni él siquiera] ni cuatro que sepan francés”. Al escapar para Chile, dejó (o dice que dejó) escrita en una piedra una cita en francés que nadie logró descifrar.²⁹ Es que junto a las ignorancias seguía en curso el tabú, las lenguas extranjeras se asociaban a lo prohibido. Los realistas se ensañaban con ellas y Restrepo denunciaba que “quemaron públicamente multitud de libros en los idiomas francés e inglés, condenándolos al fuego comisarios que no entendían el uno ni el otro”.³⁰ Peores eran los prejuicios que en el ámbito religioso seguían manteniéndose: Bartolomé el Palurdo denunciaba a un confesor que había negado la absolución a una niña cuyo padre le enseñaba francés, “tremendo pecado”, cuyos alcances otro personaje extendía, ya que “era pecado aprender el inglés o el francés” porque dan cauce de leer así obras impías, mientras una señora chilena opinaba que no debían aprender sus hijos idiomas extranjeros antes de saberlos ella misma, para entender lo que dijeran.³¹

2. Invasiones de extranjeros

LA otra acusación que muy al inicio recogí afeaba al gobierno español la interdicción de entrada a los extranjeros. En la Colonia, aun los castellanos y cristianos viejos debían pasar por un escrutinio para obtener el necesario permiso, y nunca alcanzaron gran

²⁸ William S.W. Ruschenberger, *Noticias de Chile (1831-1832) por un oficial de marina de los EEUU de América*, traducida e ilustrada con datos biográficos del autor por Eduardo Hillman Haviland, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956, p. 21.

²⁹ Sarmiento, *Facundo*, Alberto Palcos, pról., Buenos Aires, Jackson, 1944, p. 87.

³⁰ José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América meridional* (1827), edición académica de Leticia Bernal Villegas, Medellín, Universidad de Antioquia, 2009, primera parte, cap. 7, p. 286.

³¹ *El Sol de Chile*, 7-VIII-18; *La Micelánea* (sic) Chilena, 12-IV-1821, en Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos* [n. 13], vol. 12, p. 203, vol. 14, p. 171.

número: para cuando hay cifras, éstas nos hablan de unos dos mil individuos por año para todas las Indias en el siglo y medio inicial de la Colonia,³² y al final de ella, en un territorio accesible, rico, poblado y en expansión como Nueva España, llegaban apenas ochocientos por año, computaba Alexander von Humboldt.³³ Y eso los que tenían derecho, no hablemos de los extranjeros, hacia los cuales el recelo oficial era mayor y la burocracia siguió rutinas muy añejas. La legislación los excluía o les exigía permisos y periódicamente ordenaba expulsarlos. El mismo Humboldt, que contaba con la bendición real, encontró suspicacias, repetidas hoy por quienes ven en sus recorridos una empresa de espionaje.

De justicia es agregar que, con todo y todo, la acusación criolla de aislamiento era exagerada, porque eludiendo las prohibiciones se asentaron en Indias no sólo italianos y flamencos, que a fin de cuentas podían ser súbditos del rey de España, sino también franceses, alemanes, ingleses y hasta griegos y armenios, malayos y japoneses, no pocos de fe dudosa. Los había residentes, en general interesados en figurar poco y hablar menos, y los pedidos de expulsión que llegaban de Madrid eran escasamente escuchados. No existían documentos personales de identidad ni fotografías, y la categoría de encuadramiento de una persona era la de “vecino”: quien estaba asentado en una localidad y con ello dueño de ciertos derechos y obligaciones, que los extranjeros adquirirían fácilmente. Junto a los residentes se conocen también viajeros, en número suficiente como para haber generado estudios dedicados a sus recorridos y su mirada.

El goteo fue cada vez más insistente hasta transformarse en un aluvión con la mayor laxitud de los Borbones y el desorden de los últimos tiempos coloniales: tanto la evidencia anecdótica y las crónicas de viaje como los censos que en algunas regiones se empezaban a levantar lo confirman. Hasta hubo técnicos especialmente invitados por la Corona para pasar a Indias, uno que otro no católico, y las autoridades o algún particular se ocuparon en redactar las primeras “guías de forasteros” para las ciudades principales. Era consecuencia de los revueltos acontecimientos

³² Nicolás Sánchez-Albornoz, *La población de América Latina: desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid, Alianza, 1973, p. 89.

³³ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811), ed. facs. de la de 1822, México, Instituto Cultural Helénico-Miguel Ángel Porrúa, 1985, libro 2, cap. 6, vol. 1, p. 140.

en el Viejo Mundo y del súbito interés colonizador de los países transpirenaicos, pero sobre todo eran los comienzos de la expansión demográfica europea, que tan significativa fue a medida que avanzó el siglo XIX.

Si queremos señalar un punto de arranque, la Revolución Francesa y sus guerras trajeron personajes de vario cuño, se creyeron ver enviados jacobinos por doquier y todo lo francés se hizo sospechoso u objeto de una ansiosa curiosidad. Las guerras subsiguientes provocaron la primera invasión inglesa jamás habida a una ciudad española en territorio continental americano, con los dos ataques al Río de la Plata en 1806 y 1807. El arrobamiento de la porteña Mariquita Sánchez ante las piernas del invasor Regimiento 71 de escoceses, a los que comparaba con la negra y sucia figura de sus coterráneos, es enteramente revelador de la ignorancia y los prejuicios criollos:

las más lindas tropas que se podían ver, el uniforme más poético, botines de cintas punzó cruzadas, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta, unas gorras de una tercia de alto toda forrada de plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo, un chal escocés como banda, sobre una casaquita corta punzó. Este lindo uniforme sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve, la limpieza de estas tropas admirables, ¡qué contraste tan grande! [...] Todo el mundo estaba aturdido mirando a los lindos enemigos y llorando por ver que eran judíos y perdiera el Rey de España esta joya de su corona.³⁴

Trajeron el confort, el aseo, nos enseñaron a hacer mantequilla, prosigue tan entusiasta como poco patriótica Mariquita. A José Antonio Páez le enseñaron a usar los cubiertos en la mesa.

Y mientras estos exóticos personajes se hacían presentes, los antiguos connacionales se antojaban cada vez más extraños. Una autora que ha ahondado en el enfrentamiento entre éstos y los criollos encontró sí muy viejas raíces pero los ejemplos más venenosos que ofrece son de los años dramáticos en torno de la guerra de emancipación.³⁵ Ya el siglo XVIII había traído a más inmigrantes de la España periférica, a vascos y catalanes, que ascendieron rápidamente y llenaron con sus apellidos las guerras de

³⁴ Mariquita Sánchez, *Recuerdos de la Buenos Aires virreinal*, Liniers de Estrada, pról. y notas, Buenos Aires, Ene, 1953, pp. 65-66.

³⁵ Solange Alberro, *Del gachupin al criollo, o cómo los españoles de México dejaron de serlo*, México, El Colegio de México, 1992, pp. 43-45.

independencia. Éstas a su vez trasladaron a soldados cuya actitud era distinta a la de los tradicionales migrantes económicos o funcionarios, y desembarcaban con catadura agresiva y acento extraño. Fueron en total unos cuarenta mil, enviados escaladamente durante unos quince años, cifra muy grande en relación con la normal migración. Por todo ello “los batallones de gallegos y navarros que trajo Morillo resultaban ya para esta sociedad tan extranjeros como podría serlo un batallón de franceses o de ingleses”,³⁶ o, como lo dijo con hipérbole un protagonista: “los americanos los miraban entonces con poco menos estupor que los indios en los principios de sus horrosas carnicerías, tituladas conquistas”.³⁷

Para más que muchos venían de los presidios africanos, otros, de agrestes regiones; y lo peor: adquirieron poder y con ello visibilidad, que ejemplificaron los dos vizcaínos y el canario nombrados en altos puestos realistas, cuando en Venezuela eran los canarios “sinónimo de ignorancia, barbarie y rusticidad”.³⁸ El regimiento de marinos españoles llegado a la Ciudad de México en 1810 exhibía “desnudez y abandono [...] lenguaje de abominación e impiedad; jamás se pasó por la imaginación a los mexicanos que más allá de los mares y en la culta España nacieran hombres de partes tan extrañas y maneras tan grotescas, como si tuvieran su cuna en la Syberia”.³⁹ “Los distingue el desaseo”, consideró un periódico chileno necesario agregar a los demás denuestos contra las tropas de ocupación apenas expulsadas.⁴⁰ Pero inclusive entre los más cultos, o mejor dicho, en ellos principalmente, se hacía notar la diferencia antipática: en su conversación diaria, los oficiales realistas ensalzaban a España en desmedro de América.⁴¹ Rumores corrían de un infame proyecto que aspiraba a “destruir la población criolla y traer nuevos colonos de las provincias de España, y especialmente de Galicia, donde sobra gente”.⁴²

³⁶ Germán Carrera Damas, *Una nación llamada Venezuela*, 5ª ed., Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1983, p. 56.

³⁷ Manuel Belgrano, “Autobiografía”, en Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez y Tomás Guido, *Los sucesos de Mayo contados por sus actores*, Ricardo Levene, pról., Buenos Aires etc., W.M. Jackson, 1945, p. 117.

³⁸ José Francisco Heredia, *Memorias del regente Heredia*, Blas Bruni Celli, pról., Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986, p. 61.

³⁹ Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana* (1846), reimpr., México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 1985, tomo 1, carta primera, p. 35.

⁴⁰ ¡Viva la Patria!, 5-III-1817, en Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos* [n. 13], vol. 13, p. 13.

⁴¹ Uslar Pietri, *Memorias de legionarios extranjeros* [n. 5], pp. 236-237.

⁴² Heredia, *Memorias del regente Heredia* [n. 38], p. 192.

Esto cuando el movimiento de independencia abrió sin restricciones las compuertas a otros que no eran españoles, a militares desocupados tras las guerras napoleónicas, a quienes buscaban hacer carrera en los ejércitos de ambos bandos, a comerciantes que veían las grandes posibilidades de colocar los productos de la industria europea o asiática, a curiosos, artistas, predicadores, saltimbanquis, aventureros. A contracorriente de las prohibiciones anteriores, ahora se esperaba que el mundo nos conociera, nos apreciara, nos aclamara. Se invitaba a sus habitantes, iniciándose la obsesiva idea decimonónica de que nos salvarían del atraso los de fuera: en su Llamamiento del 16 de agosto de 1813, impreso en Caracas en castellano, francés e inglés, se dirigía Bolívar “a los extranjeros de cualquier nación y profesión que sean, para que vengan a establecerse en estas provincias”.⁴³ También su maestro Simón Rodríguez amonestaba cómo “a los americanos toca, como primeros ocupantes, preparar el suelo para recibir, con decencia, a los europeos, a los chinos”, a cualquiera que quiera venir.⁴⁴

Llegar, llegaron; los diversos estudios consagrados a la presencia de alguna nacionalidad en alguno de nuestros países coinciden en señalar un aluvión de fuereños, con copia de cifras y fragmentos biográficos. Cuantiosas son las ediciones, traducciones, antologías o interpretaciones de los relatos de viaje de muchos de estos extranjeros. La mayoría fueron ingleses, franceses, estadounidenses, conocidos como bostonianos o angloamericanos, pero no faltaron alemanes, italianos, suecos, rusos, polacos. Y por debajo de ellos, casi invisibles en las fuentes, los primeros judíos jamaíquinos y norteafricanos, individuos provenientes del Índico, esclavos negros norteamericanos en busca de libertad y personajes como los de la tripulación que rodeaba al norteamericano Nathaniel Ames (1821), desembarcado en Lima desde Calcuta: un oficial nacido en India, otro de Madeira, marineros bengalíes, birmanos, siameses, cingaleses, persas, malayos y uno o dos parias portugueses; las órdenes se daban en lengua bengalí y entre los esclavos había gran número de Abadías, Abdulrahmanes, Mahmouds, Sulimanés etc., “lo suficiente para suministrar material de vida a una docena

⁴³ Simón Bolívar, Llamamiento del 16 de agosto de 1813, impreso en Caracas en castellano, francés e inglés, en *Escritos del Libertador*, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1969, tomo 5, p. 33, reg. 306.

⁴⁴ Rodríguez, *Sociedades americanas* [n. 21], p. 128.

de escritores de cuentos orientales”.⁴⁵ Si esto no bastara, por esos años el jefe neozelandés Tipahée Cupa visitó Buenos Aires sobre un barco inglés, suscitando curiosidad sus tatuajes y danzas.⁴⁶

La gente, como los boteros de Valparaíso en sus esfuerzos lingüísticos, empezó a acomodarse a ellos. Si hubo quejas al principio sobre las dificultades de alojamiento, la comida y el aseo, luego se establecieron comodidades a su medida: los relatos ofrecen como dato esencial la dirección de algún hotel regentado por un connacional. Un francés o un inglés, una francesa o una inglesa, personajes pintorescos, de un pasado agitado, de indumentaria y costumbres peculiares, ofrecían en Santiago de Chile, el Callao, Veracruz o Buenos Aires el ambiente que los extranjeros buscaban: camas limpias, té, convivialidad. También aparecieron teatros y cafés a su medida. La lengua, la decoración, los cuadros, el personal, la comida, las tertulias organizadas y los entretenimientos trataban de hacer olvidar que estaban en tierra ajena. Para otro nivel se abrieron tugurios de mala muerte: cada día hay más pulperías en Valparaíso, para los marineros de todas las naciones, se quejaba un periódico chileno.⁴⁷

El papel de los allegados fue en nuestra historia a veces brillante y sus aportes duraderos. Varias familias ilustres se iniciaron con ellos: los criollos nuevos que mencionaba Andrés Molina Enríquez en México.⁴⁸ Otros se hundieron sin más noticia en la plebe: extraños apellidos y fisonomías se perpetuaron en su descendencia, resultando en la Irlanda o Dinamarca que corrían por la sangre de los dos criollos en cierto cuento de Borges. A diferencia de muchos miembros de las élites, estos llegados abominaron de la Europa que habían dejado atrás y apreciaron la libertad americana. El irlandés

⁴⁵ Nathaniel Ames (1821), en Núñez, comp., *Relaciones de viajeros* [n. 10], pp. 271-272.

⁴⁶ Un Inglés, *Cinco años en Buenos Aires* [n. 25], p. 169.

⁴⁷ *El Sol de Chile*, 24-vii-18, en Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos* [n. 13], vol. 12, p. 196.

⁴⁸ “El *criollo nuevo* presenta en particular un tipo algo vago pero que puede ser reconocido. Por falta de preocupaciones aristocráticas de los criollos señores, no ha cuidado de la pureza de su sangre, pero aunque su tipo sea algo confuso el apellido no deja lugar a duda. El criollo nuevo se llama Barron, Robert, Dupont, Duret, Lanz, Henkel, Lancaster, Comonfort, etc. El tipo puro es por lo general rubio septentrional o rubio claro y de ojos azules, fuerte y no grosero, pero no fino. El *criollo nuevo* tiene todas las características del europeo no español: es laborioso, sobrio, económico, provisor, calculador, *altamente codicioso*, instruido, sociable y prudente”, Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (1909), Arnaldo Córdova, pról., México, Era, 1983, p. 112.

Pedro Campbell, convertido en un caudillo rubio de las pampas, y acompañado por su escudero de Tipperary, lo ejemplifica. También Jack el Matador, temible cuchillero de atuendo gaucho y ojos azules que alcanzó a conocer Guillermo Enrique Hudson en su niñez.⁴⁹

Es decir que acudió todo tipo de gente, incluyendo a tramposos y estafadores, individuos inescrupulosos que habían hollado las más diversas latitudes. En Chile se vio la necesidad de pedir que los muchos que ofrecían sus servicios médicos sin haber sido examinados por el Protomedicato demostraran sus conocimientos, ya que se habían colado intrusos (era también común en los siglos coloniales), y todos debían exhibir sus títulos de “médicos, cirujanos latinos y romancistas, farmacéuticos y flebotomos”.⁵⁰ En Bogotá pretendía el napolitano Jenaro Montebrune ser primo del célebre Filangieri. Y que me perdonen, pero veo a otro peor en aquel “guarda de las medallas del Vaticano” que vendió al gobierno de Buenos Aires “una colección de 1600 medallas antiguas, muchas griegas, sicilianas, egipcias, gálicas, tesoro único en América y poco común en Europa”.⁵¹ En fin, los vientos del mundo amontonaban a todos aquellos que según el chileno Vicente Pérez Rosales “sin ser reales de a ocho en sus respectivos países, venían a serlo sin esfuerzo en nuestra patria”.⁵²

Hasta en el inhóspito sur del continente los indios tuvieron noticia de la apertura a mundos ignotos: el francés Auguste Guinnard que vivió tres años de cautiverio entre los patagones y sobrevivió para contarlos y escribirlos, o un anónimo italiano que murió a su lado, son un ejemplo de las desventuras a las que se exponían los extranjeros en lugares remos tísimos y que la literatura de cautivos retrató. En Chile, los araucanos conocían con el nombre de *morhuincas* (es decir extranjeros moros) a los holandeses que cada tanto los visitaban durante la Colonia. Después llegaron otros y los indios aprendieron a distinguir a los chilenos de tales extranjeros, como expresa un adagio que se repetía entre ellos: “La humanidad se divide en tres categorías: los chilenos, que no saben nada, los extranjeros, que saben un poco, y los mapuches que lo saben todo”.⁵³

⁴⁹ Guillermo Enrique Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, Buenos Aires, Peuser, 1958, pp. 286ss.

⁵⁰ *Gazeta Ministerial de Chile*, 3-III-1821, en Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos* [n. 13], vol. 8, tomo 2, p. 52.

⁵¹ *El Centinela* (Buenos Aires), 24-IV-1824, en *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, tomo 9.2, pp. 261ss.

⁵² Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado* [n. 20], p. 121.

⁵³ Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, 2ª ed. definitiva, Santiago, Ercilla, 1941, p. 271.

Es verdad que siguieron existiendo regiones de difícil acceso, que una actitud recelosa hacia los extranjeros permeó la vida paraguaya durante generaciones, y que al recorrer el interior de México ya a fines de los años de 1830 podía aún Madame Calderón de la Barca toparse en Pátzcuaro con la perplejidad de quienes rara vez habían visto extranjeros, recordándose sólo a una dama francesa.⁵⁴ En el poblado de Goya, en la Corrientes argentina, el desembarco de una familia inglesa era capaz de provocar este tipo de escenas:

Con ese impulso natural de los aldeanos ineducados, la gente del puerto nos siguió rodeándonos y dando salida a la admiración que provocaban las *inglesitas*:

¡Virgen Santísima! —exclamaba uno.

¡Jesús de mi alma, qué piel, qué color! —gritaba otro.

¡Ave María! ¡Mira los sombreros! —decía un tercero.

¡Dios las bendiga! ¡Son ángeles! —decía un cuarto.⁵⁵

Todavía en época porfiriana, en la mexicana ciudad de Saltillo, el paso por el mercado de la norteamericana Fanny Chambers Gooch arremolinaba a la gente que se gritaba entre sí para ver a la recién llegada.⁵⁶

Extrañeza pero también recelo y prejuicios que Vicuña Mackenna llamaba “la llaga del anti-extranjerismo”, recalcando que estaba muy viva aun en Lima, ciudad muy española, “así como Buenos Aires, al contrario, que nunca fue totalmente peninsular, ha sido y es cosmopolita”.⁵⁷ En los puertos del Atlántico en efecto eran los fuereños presencia común: un vasto anecdotario sobre sus encuentros y desencuentros con los criollos y las criollas recopilaron tanto ellos como los memorialistas nacionales. Entre éstos conviene leer los del porteño Santiago Calzadilla en *Las bellezas de mis tiempos*, donde el viejo mujeriego recordaba la llegada de los ingleses y sus ilusiones y desengaños con las bonitas porteñas. Un auténtico descubrimiento de nuestra región, que fue idealizada a veces con colores fantásticos y otras veces despreciada, orienta-

⁵⁴ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* (1843), Felipe Teixidor, trad. y pról., México, Porrúa, 1967, p. 361.

⁵⁵ J.P. y W.P. Robertson, *Cartas de Sudamérica* (1843), Buenos Aires, Emecé, 2000, p. 161.

⁵⁶ Fanny Chambers Gooch, *Face to face with the Mexicans* (1887), C. Harvey Gardiner, ed. e introd., Londres/Ámsterdam, Illinois University Press, 1966, p. 31.

⁵⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso* (1869), Santiago, Universidad de Chile, 1936, vol. 1, p. 345n.

lizada y barbarizada y sobre lo cual abundan los escritos. Poco en cambio conozco en relación con el fenómeno inverso: el descubrimiento que de los extranjeros hicieron las nuevas repúblicas y sus reacciones, que mucho nos dicen de la situación de cierre anterior.

3. *Los criollos y las otras humanidades*

LAS sorpresas, la extrañeza, las confusiones, darían para muchos volúmenes. Ya dije que la curiosidad y el conocimiento se iban abriendo paso, pero todavía faltaba: cuando empezó la llegada de actores, cantantes y cirqueros de la vieja Europa, el público inexperto se emocionaba y prorrumpía en insultos al villano de la pieza teatral, se aterrorizaba ante un número de prestidigitación clamando contra un pacto satánico que el mago italiano ejecutante habría firmado. Indignación causó en México el cantante de ópera que interpretó en 1827 *El barbero de Sevilla* en italiano,⁵⁸ y no en la lengua que todos entendían; décadas después indignación parecida acometió a unos huasos chilenos que exigían su dinero de vuelta porque alegaban que la ópera era en *inglés*.⁵⁹

La imprecisión terminológica acompañó dichas manifestaciones del desconcierto: no había en los siglos coloniales un término para referirse con precisión a cada extranjero y se echaba mano de denominaciones generales, como la de “levantinos”, que incluía una vasta gama de personajes del Mediterráneo al oriente de España, desde Italia inclusive, pero también permitía que un irlandés entrara en la categoría. Cuando abundaron más, todos los extranjeros fueron considerados ingleses: en Paraguay se elogiaba como “inglesito” al producto de la aventura amorosa de un alemán,⁶⁰ años después se nos dice lo mismo desde Nueva Granada (“a todos los extranjeros los consideran aquí como hijos de la Gran Bretaña”)⁶¹ y en Chile el ruso Aleksandr Chikhachev también fue tomado por inglés.⁶² De tales vaguedades terminó asentándose la categoría de

⁵⁸ Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante la independencia (1810-1839)*, México, UNAM, 1969, p. 26.

⁵⁹ Pedro Ruiz Aldea, *Tipos y costumbres de Chile*, Juan Uribe Echevarría, pról. y notas, Santiago de Chile, Zigzag, 1947 (*Biblioteca de escritores chilenos*, vol. 30), p. 25.

⁶⁰ Ildefonso Antonio Bermejo, *Vida paraguaya en tiempos del viejo López* (1873), Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 201.

⁶¹ Doctor Saffray, *Viaje a Nueva Granada*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, p. 33.

⁶² Platon Aleksandrovich Chikhachev, *A trip across the Pampas of Buenos Aires (1836-1837)*, Jack Weiner, trad. del ruso, Lawrence, The University of Kansas, 1967, p. 23.

gringo, aplicada en algunas partes a los anglosajones, en otras a los italianos del norte y en otras a los gitanos. Y la etimología, independientemente de leyendas que siguen corriendo sobre una supuesta consigna “green go”, una canzoneta popular escocesa cuyo estribillo rezaba “green grow the rashes” o el mote de “greenhorns” dado a los marineros bisonos, proviene de una forma arcaica de la palabra *griego*.

Con más precisión nacional se dirigieron otras denominaciones: en el Paraguay los extranjeros en general eran pitauguá pero los ingleses acapararon el nombre de gringos mientras los franceses eran gabachos, los italianos carcamanes y los brasileños macacos.⁶³ Lo de *gallego* para todo español parece que se aclimató entonces; hubo a su lado tanos, nápoles, franchutes, barcelonetes, gambusinos. Hasta el nombre más general y aparentemente neutro data de entonces, el de *europesos*, que tenía un significado ambiguo. Sólo en el siglo XVIII se había asentado en la misma Europa, y en Indias había adquirido uso político con la distinción entre españoles europeos y españoles americanos. La rebelión de Tupac Amaru se dirigió contra los “europesos”. Como estaba muy fresca en los años de la lucha por la independencia, se aplicaba sólo a los que provenían de España. Así nos dice el sueco C.E. Bladh,⁶⁴ y un curioso episodio en el Río de la Plata confirma esta acepción: el caudillo José Gervasio de Artigas había ordenado la expulsión de los europeos y un subordinado suyo, de canijo, incluyó en la orden a los ingleses. Esto que nos parece coherente era en realidad una maligna torcedura de la orden: en cuanto se enteró, José de Artigas le dirigió un fuerte regaño, diciéndole que sólo un burro como él podía ignorar que lo de europeo quería decir español y no inglés.⁶⁵

Se les atribuían méritos generales: “los mexicanos tienen a todos los viajeros por médicos y yo no fui la excepción”, según el alemán Heller.⁶⁶ Hasta el folklore caló la ignorancia temerosa y una piadosa matrona de Valparaíso podía explayar en 1822 ante la inglesa Maria Graham “una larga historia de santos y milagros, fabricada especialmente contra los herejes, en particular contra

⁶³ Bermejo, *Vida paraguaya en tiempos del viejo López* [n. 60], pp. 39 y 85.

⁶⁴ C.E. Bladh, *La República de Chile 1821-1828*, Santiago, Instituto Chileno-Sueco de Cultura, s.f., p. 59.

⁶⁵ Robertson, *Cartas de Sudamérica* [n. 55], pp. 371ss.

⁶⁶ Carl Bartholomeus Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, Elsa Cecilia Frost, trad. y nota preliminar, México, Banco de México, 1987, p. 110.

los rusos y en favor de los fieles españoles”.⁶⁷ Años después, Frédéric Lutké hallaría en Chile unos huevos pintados con extrañas figuras, los puños en las caderas, gorros extravagantes, llamados *russianos*, ya que en la demonología chilena “tenemos el papel de brujos”, dice.⁶⁸ Estereotipos sobre todos ellos seguramente circulaban, comprobaciones de la diferencia, de las que da cuenta la famosa carta de Manuela Sáenz a su marido inglés James Thorne, que no quería ver a su lado: “la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo pues en lo demás ¿quiénes más hábiles en el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminar despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa”. Ir a vivir a Inglaterra sería como ir a Constantinopla, “pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres”.⁶⁹

Más grave era el universal y uniforme defecto en lo religioso, que para quienes habían vivido en la cerrazón constituía a la vez una nebulosa y una referencia básica: “cristiano” era y sigue siendo sinónimo de “ser humano” en el castellano de América. Los recién llegados eran difíciles de ubicar. “Aquí se califica como hereje a cualquier extranjero, salvo el español”,⁷⁰ en Puebla eran insultados como tales.⁷¹ A principios del siglo XIX, un sirviente brasileño quedó perplejo al ver un crucifijo en el barco ruso que había llegado a sus costas, comprobando que sus ocupantes eran cristianos, cuando creía que eran griegos: “es decir que adorábamos a Júpiter, Mercurio y otros dioses”, comentaba divertido Vassili Golovnin.⁷² Otra incógnita eran los judíos: aunque en efigie, se

⁶⁷ Maria Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956, p. 68.

⁶⁸ *Voyage autour du monde: exécuté par ordre de sa majesté l'empereur Nicolas Ier, sur la corvette Le Sèniavine, dans les années 1826, 1827, 1828 et 1829*, por Frédéric Lutké, tomo tercero, contenant les travaux des naturalistes, para Alexandre Postels, París, Firmin Didot, 1835, vol. 1, p. 62n.

⁶⁹ *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón, acompañadas de los Diarios de Quito y Paita, así como de otros documentos*, Caracas, Piedra, papel y tijera, 1998, p. 149. Tengo mis dudas sobre la autenticidad de estas cartas, pero en fin.

⁷⁰ *Cartas a la patria: dos cartas alemanas sobre el México de 1830*, autor anónimo (Carlos Guillermo Koppe), Juan A. Ortega y Medina, trad. del alemán, est. prel. y notas, México, UNAM, 1955, p. 74.

⁷¹ C.C. Becher, *Cartas sobre México: la República Mexicana durante los años decisivos de 1831 y 1832*, Juan A. Ortega y Medina, trad. del alemán, notas y pról., México, UNAM, 1959, p. 75.

⁷² “O Brasil meridional visto por un oficial de marinha russo no início do século XIX”, Conde Emanuel de Benigsen, trad. y notas, *Revista de História* (São Paulo), año 2,

los seguía quemando, como observaba Humboldt. Los escoceses de caras sonrosadas que Mariquita admiraba podían ser judíos, se pensaba, y en el rioplatense poblado de San Antonio, el casero de Alexander Gillespie preguntaba a sus huéspedes si había una nación llamada de los judíos “y si comen, duermen y beben como los demás hombres”.⁷³

A pesar de esta educación cerrada, escenas novedosas podían verse, como el funeral protestante del secretario del ministro estadounidense en Bogotá, que fue oficiado por un cubano.⁷⁴ Se daban porque, si bien las leyes de tolerancia religiosa tardaron en promulgarse y más en respetarse, ya no había Inquisición y lo que ya para los siglos coloniales se ha notado, cierta amplitud o indiferencia religiosa del criollo, distinta a la actitud devota y aun fanática del peninsular, se manifestó también en esas décadas. Es notable que las primeras novelas nacionales en México y Argentina tuvieran como protagonistas a virtuosos extranjeros de otra religión, y como drama central la difícil relación que en la época colonial que se había dejado atrás mantuvieron con los americanos: *La hija del judío* (1848) de Justo Sierra O'Reilly y *La novia del hereje* (1854), de Vicente Fidel López.

Que no se le ocurriera a nadie preguntar por los lugares que los habían engendrado. Lo que significaba el estudio de la geografía lo revela el episodio del dómine limeño Basilio Fuertes, que enseñaba en su escuela “nociones de geografía”, es decir “meridianos, paralelos, ecuador, elíptica”, pero al que dejó en evidencia uno de sus discípulos, niño que sabía “más geografía que Ptolomeo”, cuando interrogado por José de San Martín sobre cuántos son los polos, a lo que respondió que: “Polo Sánchez mi padrino y Polo Diéguez el mantequero de la esquina”.⁷⁵ Y no sólo eran niños: al ver un capitán criollo de Buenos Aires un mapa de Londres, como al hablar de Londres la mayoría entendía Inglaterra, se admiró mucho de que ni Escocia ni Irlanda, de las que mucho había oído, se encontrasen en él.⁷⁶ Fuera de los ingleses, conocían en Chile solamente a los

núm. 6 (1951), pp. 391-410; Carmen Norambuena y Olga Uliánova, comps., est. introd. y notas, *Viajeros rusos al sur del mundo*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile/DIBAM/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, p. 122.

⁷³ Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el interior* (1818), Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 121.

⁷⁴ Florentino González, *Memorias* (1841-1845), Medellín, Bedout, 1975, p. 91.

⁷⁵ Carlos Camino Calderón, *Anecdotario de los Libertadores*, Lima, s.e., 1940, pp. 67-68.

⁷⁶ Gillespie, *Buenos Aires y el interior* [n. 73], p. 92.

franceses y los europeos (por lo que se entiende españoles), y un poco a italianos y portugueses. Muchas veces al sueco Bladh le preguntaban si la Suecia o la Suiza, que confundían, “no eran parte integrante de Londres o Gran Bretaña”.⁷⁷

No quiero seguir con los ejemplos, son sumamente comunes en cualquier relato escrito por extranjeros que nos visitaban. Para el pequeño Ptolomeo peruano o para el capitán porteño era España el punto central de referencia. Hasta entonces las cortes virreinales habían dado el buen tono: las novedades léxicas se difundían a partir de ellas, y los arcaísmos se conservaron precisamente donde faltaban, en Centroamérica o el Río de la Plata. Lo mismo con la moda y los prejuicios. Con la precipitación que lo caracterizaba pero no sin acierto definía Domingo Faustino Sarmiento a España como “la Europa de aquellos tiempos”.⁷⁸ Todo cambió en pocas décadas: conocieron a la Europa de verdad, con lo que perdió España su posición internacional y con ella su autoridad ante los ojos criollos. Una propaganda hostil los enteró de su fanatismo, crueldad, despotismo, lo que se ha llamado la “leyenda negra”. El lugar prestigioso, la fuente de imitación, el origen del complejo de inferioridad ahora trasladó su sede y sus representantes fueron los extranjeros de nuevo tipo y nuevo nombre que acudían.

Ya dije que abundan las impresiones que éstos vertieron sobre las colonias que se estaban emancipando, y también los estudios más modernos sobre este material. Del mismo sólo rescato aquí para mis fines la general impresión de estos extranjeros de hallarse ante una cosa extraña, pero que tenía la peculiaridad de no constituir una alteridad absoluta como en África, el Levante, China, la India o las islas del Pacífico. Aquí había “una suerte de cristianos salvajes” de exóticas costumbres, como juzgaba Walter Scott a los gauchos.⁷⁹ Es decir una alteridad que usaba una lengua no excesivamente difícil de entender para un hablante de francés o de inglés, una humanidad que no era sistemáticamente hostil o ajena, mujeres que trataban de seducir, varones que trataban de agradar, de mostrar su

⁷⁷ Bladh, *La República de Chile* [n. 64], p. 59.

⁷⁸ Su tío fray Justo Santa María de Oro “hizo un viaje a España, la Europa de aquellos tiempos, en donde lo sorprendió la revolución de la independencia”, Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia* (1851), Alberto Palcos, pról., Buenos Aires, Jackson, 1944, p. 78.

⁷⁹ *The life on Napoleon Bonaparte, emperor of the French* (1827), Nueva York, Leavitt & Allen, 1858, cap. 55, p. 407; citado por Sarmiento en el *Facundo*, Scott derivaba su información del viaje del capitán Head.

conocimiento sobre el mundo del que ellos provenían. Pero que al mismo tiempo eran misteriosos. “Nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado” diría Bolívar en la *Carta de Jamaica* (1815) al tratar dicho tema para un público inglés.

Es verdad que no hemos de creer todo lo que nos dicen unos y otros sobre la extrañeza mutua que se suscitaba. Podían entender mal, podían exagerar para impresionar al público que los leería, los libros se copiaban mutuamente y es sabido que una de las cojeras de los que viajan, sobre todo a mundos que consideran inferiores, es la sobreinterpretación de las reacciones encontradas. Así y todo aquí las había en abundancia, en parte porque es una de las características todavía hoy en nuestros países, pero también porque la novedad que constituían los extranjeros era grande. Por fin se tenía experiencia real de gentes de esa Europa que en los siglos coloniales se había visto a través de imágenes legendarias, de recuerdos familiares, de libros, de gacetillas, de chismes de la corte, y que ahora aparecía en su desconcertante diferencia. Subrayemos esto para dejar explícito lo que los testimonios arriba aducidos dan como norma: los dos mundos que se encontraban eran bastante ajenos uno al otro.

Dicho lo anterior, no quiero extenderme en las anotaciones a la moda sobre la mirada imperial, la ansiedad occidental, las estrategias de apropiación ni los grandes relatos, sino en una comprobación que tiene que ver con la historia de nuestra definición desde el inicio de la sociedad criolla. Aunque se nos haya dicho que la conquista europea de América tuvo lugar en el siglo xvi, en verdad entonces no se habían anudado lazos suficientemente fuertes. Un aparato administrativo centrado en la metrópoli, la dependencia de determinados productos, una lealtad dinástica y coincidencias culturales sí, pero las comunicaciones con España y Portugal eran azarosas, sus órdenes mal cumplidas, la presencia de su industria muy limitada. Contaban sí con el prestigio ya apuntado, pero a nivel del piso los inmigrantes que llegaban, que ya dije que eran pocos, si eran funcionarios eran vistos con recelo, si trabajadores con desprecio y en cualquier caso como individuos raros. Ni siquiera la reconquista borbónica pudo cambiar esa situación.

Con ello, una sociedad híbrida que pretendía un origen español fue aumentando su diferenciación cultural. Ya en el barco mismo que los traía adquirirían los peninsulares modalidades de lenguaje y hábitos de pensamiento distintos, aquí se completaba la transformación. Se ha argumentado mucho sobre la influencia que en ello

tuvieron el indígena y la tierra, pero también lleva culpa la mezcla de orígenes que produjo la desaparición del vasco, del catalán y otras lenguas peninsulares, que muchos hablaban al llegar, como nos consta, y terminó en la formación de una modalidad idiomática peculiar. En América se habla español, en España castellano, reza la paradoja de un académico republicano refugiado en México. Ésa fue la base en que se instaló una identidad criolla sobre la que se ha escrito con abundancia y que era fuerte a fines de la Colonia. Ello en un mar de gentes extrañas porque, a pesar de las leyendas que corrían por doquier sobre su desaparición completa, el mundo indígena había persistido en la mayor parte de los territorios y había evolucionado en formas peculiares.

Este mundo exótico —que alcanzó a ser retratado por los costumbristas y la novela de las repúblicas en formación— es el que fue conquistado por Europa, y no el mundo primordial amerindio, que sólo había sido destruido o modificado por ésta, y dicha conquista tuvo lugar en el siglo XIX, y no en el XVI, tras una invasión mucho más masiva en sus dimensiones económicas, culturales y demográficas. De esta invasión he reseñado un aspecto, la llegada de viajeros, que fueron seguidos luego por los inmigrantes. Junto con ellos también ingresaron objetos, publicaciones, espectáculos, ideas, que los historiadores tradicionales ya mencionaban con regocijo o con lamentación y ahora confirman los historiadores de la vida cotidiana y de las mentalidades. No sólo fue fenómeno de las colonias españolas. En Estados Unidos se ha hablado de la formación de una comunidad atlántica, con la anudación de lazos entre territorios hasta entonces poco conectados, y en Brasil Gilberto Freyre rastreó en sumo detalle el paso de la sociedad patriarcal a la sociedad dominada por la influencia norteamericana: la ropa, los nombres personales, los cortes de barba, la gestualidad, la construcción de casas, los hábitos higiénicos, el trato a la mujer, los esclavos y los animales figuran entre los cientos de tópicos en torno de los cuales el incansable Freyre descubrió las señales del cambio.

No nos asombre que ocurriera, porque el conjunto del orbe sufrió invasión parecida y la vida cotidiana se modificó de forma semejante en toda latitud y profundamente: la adopción del sistema horario europeo en Japón, el traje y la corbata en Turquía, las costumbres domésticas en la India, la comida francesa en Rusia. En algún momento se dijo que la cultura europea había desplazado a las demás, que el mundo se había occidentalizado con la entusiasta

anuencia de las dichas culturas. Expresiones sin embargo que más bien interpreto como piadosos deseos, porque después se vio que no era así, se lamentó el reflujo de las viejas culturas locales, se habló del *choque de civilizaciones*. Disquisiciones que para mí tienen poco valor, derivadas de una concepción mecánica y simplista de la vida cultural. Ésta siempre está adoptando y las adopciones son del más variado origen y se dan en distintas direcciones. Si volvemos a la América que empezó a llamarse latina observaremos que los hechos reseñados pertenecen al momento eurocéntrico de la historia mundial, que duró unas décadas y afectó a los más distintos países.

Si una diferencia nos caracterizó es el extremo entusiasmo en el cambio del rumbo que hasta entonces habían seguido los criollos bajo el dominio político europeo. Éstos sentían cada vez más las diferencias con Europa y pugnaban por subrayarlas. Por el contrario los que vivieron bajo una bandera y una constitución propia trataron de acortar estas diferencias y la acción que desde el gobierno emprendieron fue de imposición de dicha cultura, de *civilizar*. La actitud no sólo se debió a la llegada de extranjeros y al prestigio de Europa, también y sobre todo al miedo ante el ascenso de individuos de otro origen, los indios, las castas y los negros. Ellos eran la barbarie y los criollos la civilización, lo cual dio en la famosa fórmula de Sarmiento pero también identificación emocional e ideológica y en las frases típicas del argentino Juan Bautista Alberdi en su escrito “Acción de Europa en América” (1845), donde consideraba positiva dicha acción, incluyendo la española, y que “los que nos llamamos americanos no somos sino europeos nacidos en América”.⁸⁰ Más o menos adaptada es frase de infinitos ecos en la literatura no sólo nuestra sino también española, y sobre todo en el habla cotidiana.

De entonces y hasta ahora, aunque la situación está cambiando en nuestros días, acorde con transformaciones económicas, geopolíticas y demográficas de dimensión ecuménica. El dominio europeo sobre nuestros países se ha ido diluyendo, su prestigio también, han llegado nuevas influencias, principalmente de Asia, y las migraciones internas han cambiado el panorama cultural de las capitales y la formulación de las políticas. Lo que seguimos arrastrando en relación con Europa son hábitos mentales, vocabulario y

⁸⁰ Juan Bautista Alberdi, “La acción de Europa en América” (1845), en *Autobiografía: la evolución de su pensamiento*, Jean Jaurès, pról., Buenos Aires etc., Jackson, 1945, pp. 116-135, p. 120.

reacciones que comparten tanto quienes elogian su influencia como quienes la deploran como nefasta. Ambos atribuyen sus efectos a una conquista muy antigua cuando en realidad la verdadera conquista sólo inició en el nacimiento mismo de nuestras repúblicas.

RESUMEN

La imagen criolla del mundo cambió radicalmente en los años de la independencia. Junto a la nueva posibilidad de viajar y mayor curiosidad por los países extranjeros, hubo una llegada hasta entonces desconocida de visitantes de Europa, de Estados Unidos y hasta de países exóticos. Se ha investigado sobre la imagen que construyeron de las nuevas repúblicas, pero se ha dicho muy poco del otro lado del encuentro: la imagen local de los recién llegados y del mundo exterior. El artículo busca testimonios de ello en los muchos libros de viaje entonces publicados y en escritos criollos.

Palabras clave: Independencia América Latina, viajeros a América, eurocentrismo, mentalidad criolla, inmigración europea a América.

ABSTRACT

The Creole world view changed radically during the years of the independence. In addition to the new possibility of travel and greater curiosity about foreign lands, there was a hitherto unknown influx of visitors from Europe, the United States, and even exotic countries. Research has been done about the image of the new republics that these visitors constructed, but little has been said about the other side of the encounter: the locals' view of the newcomers and of the external world. In this essay, the author seeks this side's testimonies in the many travelogues published at the time and in Creole writings.

Key words: Independence, travelers, Eurocentrism, Creole mentality, immigration.